MAURICE LEBLANC

ARSÈNE LUPIN



Maurice Leblanc



Maurice leblanc

Arsène lupin



Maurice Leblanc

Nació el 11 de diciembre de 1864 en Ruan, Francia. Fue un novelista y escritor francés de relatos cortos.

Leblanc se muda a París, en donde comienza su carrera literaria, desde 1892 aproximadamente hasta 1904. Publica unos diez libros, el primero de ellos titulado *Parejas.* En 1904, Pierre Laffite, director de *Je sais Tout,* le encargó un cuento para su revista recién fundada. Maurice aceptó el encargo y al poco tiempo le entregó un original titulado «El arresto de Arsène Lupin». Según palabras del propio autor, este era el único cuento que tenía planeado de Lupin. Sin embargo, a Pierre Laffite el personaje le causó una fuerte impresión y animó a Leblanc a desarrollarlo. Así, con cuarenta años y un prestigio literario ganado por sus anteriores obras, nace de la mano de Leblanc: *Arséne Lupin, un ladrón de guante blanco,* cuya obra se compone de casi 20 libros.

Falleció en Perpiñán, el 6 de noviembre de 1941.

Arsène Lupin
Maurice Leblanc

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

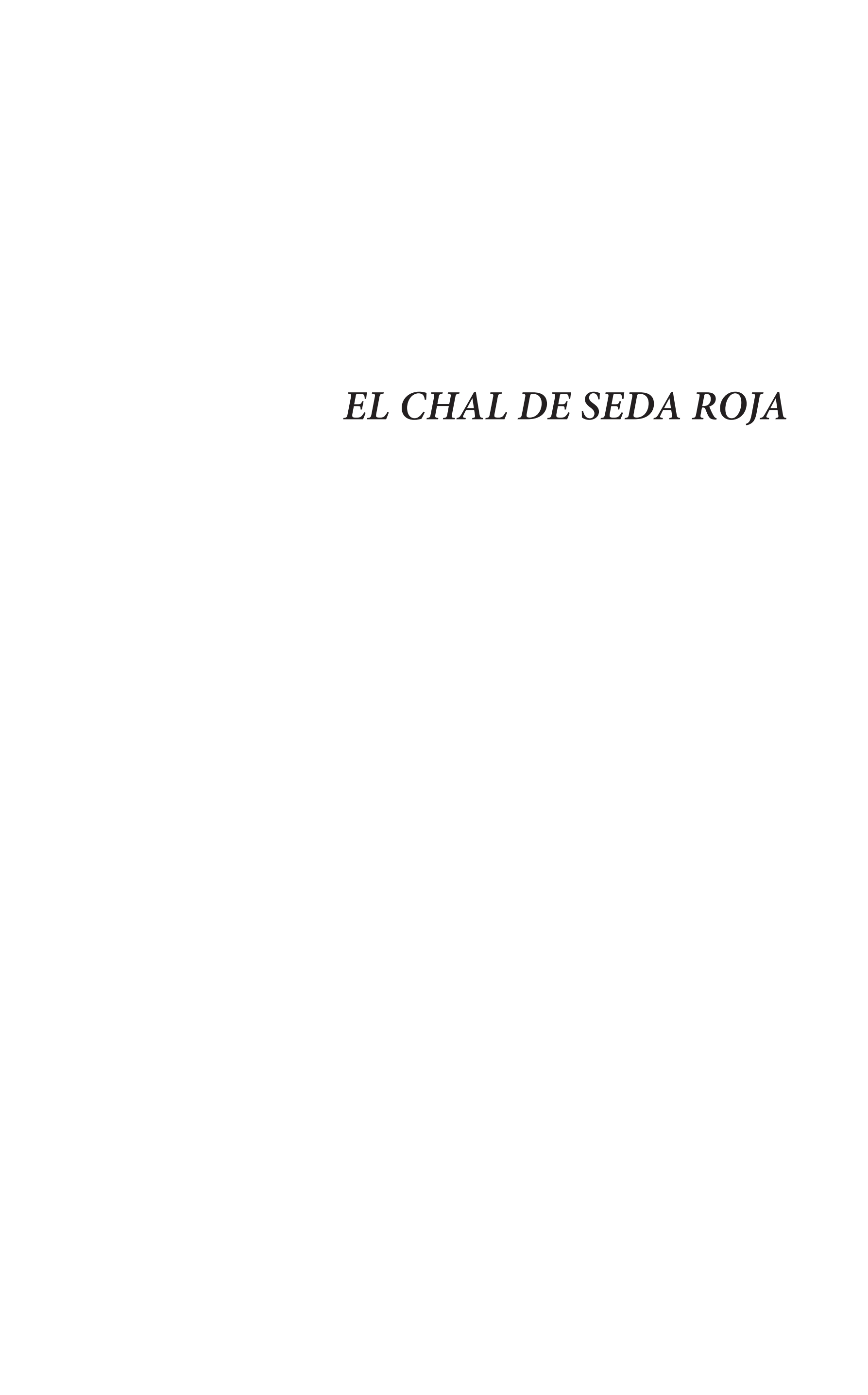
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



EL CHAL DE SEDA ROJA

Aquella mañana, al salir de casa a la hora habitual en que se dirigía al Palacio de Justicia, el inspector principal, Ganimard, observó la maniobra bastante curiosa de un individuo que caminaba delante de él a lo largo de la calle Pergolèse.

Cada cincuenta o sesenta pasos, aquel hombre, pobremente vestido, cubierto aunque fuese noviembre con un sombrero de paja, se agachaba, bien para atarse los cordones de los zapatos, bien para recoger el bastón, bien por cualquier otro motivo. Y cada vez sacaba del bolsillo y dejaba furtivamente en el borde mismo de la acera un trocito de cáscara de naranja.

Simple manía, sin duda, diversión pueril a la que nadie hubiera prestado atención; pero Ganimard era uno de esos observadores perspicaces a los que nada deja indiferentes, y que solo quedan satisfechos cuando saben la razón secreta de las cosas. Por lo tanto, se puso a seguir al individuo. Pero en el momento en que este torcía a la derecha por la avenida de la Grande-Armée, el inspector lo sorprendió cambiando señas con un chiquillo de una docena de años, chiquillo que iba a lo largo de las casas de la izquierda.

Veinte metros más adelante, el individuo se agachó y se levantó los bajos del pantalón. Una cáscara de naranja señaló su paso. En ese mismo instante, el chiquillo se detuvo y, con la ayuda de un trozo de tiza, trazó en la casa junto a la que pasaba una cruz blanca rodeada por un círculo.

Los dos personajes siguieron su camino. Un minuto después, nueva parada. El desconocido recogió un alfiler y dejó caer una cáscara de naranja, y al punto el chiquillo dibujó en el muro una segunda cruz que también inscribió en un círculo blanco.

«Caramba —pensó el inspector principal con un gruñido de placer—, esto promete… ¿Qué diablo de complot están preparando estos dos clientes?».

Los dos «clientes» descendieron por la avenida Friedland y por el *faubourg* Saint-Honoré, sin que por lo demás se produjese ningún hecho digno de ser tenido en cuenta.

A intervalos casi regulares, la doble operación volvía a empezar, por así decir, de forma mecánica. Sin embargo, era evidente, por un lado, que el hombre de las cáscaras

de naranja no realizaba su tarea, sino después de haber elegido la casa que había que marcar, y por otro, que el chiquillo no marcaba esa casa, sino después de haber observado la señal de su compañero.

Estaban por tanto de acuerdo, y la maniobra sorprendida presentaba un considerable interés a los ojos del inspector principal.

En la plaza Beauvau, el hombre vaciló. Luego, dando la impresión de que se decidía, se levantó y se volvió a bajar dos veces los bajos del pantalón. Entonces el chiquillo se sentó en el borde de la acera, frente al soldado que montaba guardia en el Ministerio del Interior, y marcó la piedra con dos pequeñas cruces y con dos círculos.

A la altura del Elíseo, la misma ceremonia. Solo que, en la acera por la que el vigilante de la presidencia caminaba, hubo tres signos en lugar de dos.

«¿Qué quiere decir esto?», murmuró Ganimard, pálido de emoción, y que, a su pesar, pensaba en su eterno enemigo Lupin, como pensaba cada vez que se presentaba una circunstancia misteriosa.

«¿Qué quiere decir eso?».

De buena gana hubiese agarrado e interrogado a los dos clientes. Pero era demasiado sagaz para cometer semejante tontería. Además, el hombre de las cáscaras de naranja había encendido un cigarrillo, y el muchacho, también provisto de una colilla, se había acercado a él con el aparente objetivo de pedirle fuego.

Cambiaron algunas palabras. Rápidamente, el chico tendió a su compañero un objeto que tenía, eso creyó por lo menos el inspector, la forma de un revólver en su funda. Se inclinaron ambos sobre ese objeto, y seis veces el hombre vuelto hacia la pared se llevó la mano al bolsillo e hizo un gesto como si hubiera cargado un arma.

Tan pronto como acabó esa tarea, volvieron sobre sus pasos, llegaron a la calle de Surène, y el inspector, que los seguía todo lo cerca que era posible con riesgo de despertar su atención, los vio penetrar bajo el porche de una vieja casa cuyos postigos estaban totalmente cerrados, salvo los del tercer y último piso.

Se lanzó detrás de ellos. En el extremo de la puerta cochera avistó en el fondo de un gran patio la muestra de

un pintor de la construcción, y, en la izquierda, el hueco de una escalera.

Subió, a partir del primer piso su prisa fue aumentando, sobre todo cuando oyó en todo lo alto un estrépito, como de alguien dando golpes.

Cuando llegó al último descansillo, la puerta estaba abierta. Entró, prestó atención un segundo, percibió el ruido de una pelea, corrió hasta el cuarto de donde parecía proceder aquel ruido y permaneció en el umbral todo jadeante y muy sorprendido al ver al hombre de las cáscaras de naranja y al chiquillo golpeando el suelo con sillas.

En ese momento un tercer personaje salió de una habitación vecina. Era un joven de veintiocho a treinta años, que llevaba unas patillas muy recortadas, gafas, un batín de casa forrado de astracán, y con cierto aire de extranjero, de ruso.

—Buenos días, Ganimard —dijo.

Y dirigiéndose a los dos compañeros:

—Les doy las gracias, amigos míos, y mi enhorabuena por el resultado obtenido. Aquí tienen la recompensa prometida.

Les dio un billete de cien francos, los empujó fuera y cerró tras él las dos puertas.

—Te pido perdón, amigo mío —le dijo a Ganimard—. Tenía necesidad de hablarte…, una necesitad urgente.

Le ofreció la mano, y, como el inspector seguía estupefacto, con el rostro devastado por la rabia, exclamó:

—No pareces comprender… Sin embargo, es evidente… Tenía una necesidad urgente de verte… ¿No te parece?…

Y fingiendo responder a una objeción:

—No, no, amigo mío, te equivocas. Si te hubiera escrito o telefoneado, no habrías venido… o habrías venido con un regimiento. Como quería verte a solas, pensé que me bastaba con enviar a esos dos buenas piezas en tu busca, con orden de sembrar cáscaras de naranja, de dibujar cruces y círculos, en resumen, de trazarte un camino

hasta aquí. Bueno, pareces aturdido. ¿Qué pasa? ¿Tal vez no me reconoces? Lupin… Arsène Lupin… Hurga en tu memoria… Ese nombre, ¿no te recuerda algo?

—Animal —dijo Ganimard rechinando los dientes.

Lupin pareció desolado, y en tono afectuoso:

—¿Estás enfadado? Sí, lo veo en tus ojos… El caso Dugrival, ¿no es cierto? ¿Habría debido esperar a que vinieses a detenerme? Caramba, no se me había ocurrido. Te juro que la próxima vez…

—Canalla —masculló Ganimard.

—¡Y yo que creía complacerte! Sí, me he dicho: «Ese buen gordo de Ganimard, cuánto tiempo hace que no nos hemos visto. Saltará a mi cuello».

Ganimard, que aún no se había movido, pareció salir de su estupor. Miró a su alrededor, miró a Lupin, se preguntó visiblemente si, en efecto, no iba a saltar a su cuello, luego, dominándose, cogió una silla y se instaló, como si de repente hubiera tomado la decisión de escuchar a su adversario.

—Habla —dijo—, y nada de pamplinas. Tengo prisa.

—De acuerdo —dijo Lupin—, hablemos. Imposible pensar en un lugar más tranquilo. Es un viejo palacete que pertenece al duque de Rochelaure, quien, como nunca vive aquí, me ha alquilado este piso y ha permitido el uso de las zonas comunes a un empresario de pintura. Tengo unos cuantos alojamientos parecidos, muy prácticos. Aquí, a pesar de mi apariencia de gran señor ruso, soy el señor Jean Dubreuil, antiguo ministro… Como comprenderás, he elegido una profesión con muchas ocupaciones para no llamar la atención…

—¿Y a mí qué me importa eso? —le interrumpió Ganimard.

—En efecto, yo hablo y tú tienes prisa. Perdóname. No será largo… Cinco minutos. Empiezo… ¿Un puro? No. Perfecto. Entonces yo tampoco.

Se sentó también, tecleó el piano sobre la mesa mientras reflexionaba y se expresó de esta suerte:

—El 17 de octubre de 1599, un hermoso día cálido y alegre… ¿Me sigues bien?… Pues el 17 de octubre de

1599… De hecho, ¿es totalmente imprescindible que me remonte hasta el reinado de Enrique IV y documentarte sobre la crónica del Pont-Neuf? No, debes estar versado en la historia de Francia, y corro el riesgo de embarullar tus ideas. Por lo tanto, ha de bastarte saber que esa noche, hacia la una de la madrugada, un barquero que pasaba bajo el último arco de ese mismo Pont-Neuf por el lado izquierdo del río, oyó caer, en la parte delantera de su gabarra, una cosa que habían lanzado desde lo alto del puente, y que visiblemente estaba destinada a las profundidades del Sena. Su perro se abalanzó ladrando, y, cuando el barquero llegó al extremo de su barca, vio que su animal agitaba con sus fauces un trozo de periódico que había servido para envolver diversos objetos. Recogió aquellos objetos que no habían caído al agua, y, una vez en su camarote, los examinó. El examen le pareció interesante, y como ese hombre estaba en relación con un amigo mío, hizo que me avisaran. Y esa mañana me despertaban para ponerme al corriente del caso y entregarme los objetos recogidos. Son estos.

Los mostró, ordenados sobre una mesa. En primer lugar, estaban los trozos desgarrados de un número de periódico. Había luego un grueso tintero de cristal, a

cuya tapa iba unido un largo trozo de bramante. Había una pequeña astilla de vidrio, luego una especie de cartón flexible, reducido a trapo. Y había, por último, un trozo de seda rojo escarlata, rematada por una borla de la misma tela y del mismo color.

—Aquí ves nuestras piezas de convicción, amigo mío —continuó Lupin—. Desde luego, el problema a resolver sería más fácil si tuviéramos los otros objetos que la estupidez del perro dispersó. Sin embargo, me parece que de estos puede sacarse algo con un poco de reflexión y de inteligencia. Y esas son precisamente tus cualidades maestras. ¿Qué me dices?

Ganimard no rechistó. Consentía en sufrir la palabrería de Lupin, pero su dignidad le ordenaba no responder a ella ni con una sola palabra, ni siquiera con un movimiento de cabeza que pudiera pasar por una aprobación o una crítica.

—Veo que somos totalmente de la misma opinión —continuó Lupin sin dar la impresión de fijarse en el silencio del inspector principal—. Y resumo así, en una frase definitiva, el caso tal como lo cuentan estas piezas de convicción. «Anoche, entre las nueve y las doce, una

señorita de aires excéntricos resultó herida a cuchilladas, luego serrada por el pecho hasta que llegó la muerte, por un señor bien vestido, que lleva monóculo y pertenece al mundo de las carreras, y con el que la citada señorita acababa de comer tres merengues y un *éclair* de café».

Lupin encendió un cigarrillo, y agarrando la manga de Ganimard:

—¡Eh!, eso te deja pasmado, inspector principal. Imaginabas que, en el terreno de las deducciones policíacas, proezas de este tipo estaban prohibidas al profano. Error, señor. Lupin hace juegos malabares con las deducciones como un detective de novela. ¿Mis pruebas? Deslumbrantes e infantiles.

Y continuó, señalando los objetos mientras seguía con la demostración:

—Así pues, *anoche, entre las nueve y las doce* (este fragmento de diario lleva la fecha de ayer y la mención «diario de la noche»); además, aquí puedes ver, pegado al papel, un trozo de esas bandas amarillas bajo las que se envían los números de suscriptores (números que solo llegan al domicilio con el correo de las nueve), así pues,

después de las nueve, *un señor bien vestido* (hay que hacer notar que esa pequeña astilla de vidrio presenta en uno de los bordes el agujero redondo de un monóculo, y que el monóculo es un utensilio esencialmente aristocrático), *un señor bien vestido entró en una pastelería* (aquí tienes el cartón muy delgado, en forma de caja, donde todavía se ve un poco de la crema de los merengues y del *éclair* que se colocó según la costumbre). Provisto de su paquete, el señor del monóculo se reunió con esa joven cuyo chal de seda rojo escarlata indica de sobra unos aires excéntricos. Tras reunirse con ella, y por motivos aún desconocidos, la hirió primero a cuchilladas, luego la estranguló con la ayuda de ese chal de seda. (Coge tu lupa, inspector principal, y verás en la seda marcas de un rojo más oscuro que son, aquí, las marcas de un cuchillo que se limpia, y allí, las de una mano ensangrentada que se aferra a una tela). Una vez cometido el crimen, y para no dejar ningún rastro tras él, saca de su bolsillo: 1. el periódico al que está suscrito y que (recorre ese fragmento) es un periódico de carreras, cuyo título reconocerás fácilmente; 2. una cuerda que resulta ser una cuerda de látigo (y estos dos detalles te prueban, ¿verdad?, que nuestro hombre se interesa en las carreras y se ocupa de caballos). Luego, recoge los restos de su monóculo, cuyo cordón se ha roto durante la lucha. Corta

con unas tijeras (examina las estrías de las tijeras), corta la parte manchada del chal, dejando sin duda la otra en las manos crispadas de la víctima. Hace una bola con el cartonaje del pastelero. También deja ciertos objetos denunciadores que, luego, han debido deslizarse en el Sena, como el cuchillo. Envuelve todo con un periódico, sujeta y ata, para hacer peso, este tintero de cristal. Luego se marcha. Un momento después, el paquete cae sobre la barcaza del marinero. Y ya está. ¡Uf!, tengo calor. ¿Qué dices de la aventura?

Observó a Ganimard para darse cuenta del efecto que sus palabras habían producido en el inspector. Ganimard no abandonó en ningún momento su mutismo.

Lupin se echó a reír.

—En el fondo, estás pasmado. Pero desconfías. «¿Por qué este diablo de Lupin me pasa este caso, en vez de quedárselo para él, correr tras el asesino, y esquilmarlo, si ha habido robo?». Evidentemente, la pregunta es lógica. Sin embargo… hay un pero: no tengo tiempo. En este momento, estoy desbordado de trabajo. Un robo con efracción en Londres, otro en Lausana, una sustitución de niño en Marsella, el salvamento de una joven a cuyo

alrededor merodea la muerte, todo me cae encima al mismo tiempo. Entonces me he dicho: «¿Y si le pasase el caso al bueno de Ganimard? Ahora que está algo despabilado, es muy capaz de tener éxito. ¡Y qué favor le hago! ¡Cómo va a poder distinguirse!». Dicho y hecho. A las ocho de la mañana enviaba a tu encuentro al tipo de las cáscaras de naranja. Tú mordías el anzuelo, y a las nueve llegabas aquí vivito y coleando.

Lupin se había levantado. Se agachó un poco hacia el inspector, y le dijo, mirándolo directamente a los ojos:

—Un punto lo es todo. La historia ha terminado. Dentro de poco, probablemente, conocerás a la víctima…, alguna bailarina de *ballet*, alguna cantante de café-concierto. Por otro lado, hay muchas probabilidades de que el culpable viva en los alrededores del Pont-Neuf, o mejor dicho, en la orilla izquierda. En fin, aquí están todas las piezas de convicción. Te las regalo. Trabaja. Solo me quedo con este trozo de chal. Si necesitas reconstruir el chal entero, tráeme el otro trozo, el que la justicia recogerá del cuello de la víctima. Tráemelo en un mes, día por día, es decir, el próximo 28 de diciembre: todo esto es serio, amigo mío, te lo juro. ¡Nada de engaños! Puedes

seguir adelante. ¡Ah!, a propósito, un detalle que tiene su importancia. Cuando detengas al tipo del monóculo, cuidado: es zurdo. ¡Adiós, querido, y buena suerte!

Lupin hizo una pirueta, ganó la puerta, la abrió y desapareció, antes incluso de que Ganimard pensase en tomar una decisión. El inspector se precipitó de un salto, pero constató al punto que el picaporte de la cerradura no giraba gracias a un mecanismo que él desconocía. Necesitó diez minutos para desatornillar aquella cerradura, y otros diez para desatornillar la de la antecámara. Cuando hubo bajado a saltos los tres pisos, Ganimard no tenía la menor esperanza de alcanzar a Arsène Lupin.

Además, ni siquiera pensaba en ello. Lupin le inspiraba un sentimiento raro y complejo en el que había miedo, rencor, una admiración involuntaria y también la intuición confusa de que, a pesar de todos sus esfuerzos, a pesar de la persistencia de sus pesquisas, nunca conseguiría alcanzar a un adversario semejante. Lo perseguía por deber y por amor propio, pero con el temor continuo a ser engañado por aquel temible manipulador, y abofeteado ante un público siempre dispuesto a reírse de sus contratiempos.

En particular, la historia de aquel chal rojo le pareció muy equívoca. Interesante, desde luego, por más de un lado, pero ¡qué inverosímil! Y también, ¡qué poco resistía a un examen severo la explicación de Lupin, tan lógica en apariencia!

«No —se dijo Ganimard—, todo esto es una broma… Un montón de suposiciones y de hipótesis sin la menor base. No sigo».

Cuando llegó al número 36 del muelle de los Orfèvres, estaba absolutamente decidido a considerar el incidente nulo y sin valor alguno.

Subió al servicio de información de la Policía. Allí, uno de sus camaradas le dijo:

—¿Has visto al jefe?

—No.

—Ha preguntado por ti hace un rato.

—¡Ah!

—Sí, vete a verlo.

—¿Adónde?

—A la calle de Berne… Esta noche se ha cometido un asesinato…

—¡Ah! ¿Y la víctima?

—No sé muy bien… Una cantante de café-concierto, creo.

Ganimard se limitó a murmurar:

—¡Por todos los diablos!

Veinte minutos después, salía del metro y se dirigía hacia la calle de Berne.

La víctima, conocida en el mundo del teatro bajo el apodo de Jenny Saphir, ocupaba un modesto apartamento situado en el segundo piso. Conducido por un agente de Policía, el inspector principal atravesó primero dos habitaciones, luego penetró en el cuarto donde ya se encontraban los magistrados encargados de

la investigación, el jefe de la Policía de información, el señor Dudouis, y un médico forense.

A la primera ojeada, Ganimard se sobresaltó. ¡Había visto, echado sobre un diván, el cadáver de una joven cuyas manos se crispaban sobre un trozo de seda roja! El hombro, que se veía fuera del corpiño escotado, llevaba la marca de dos heridas a cuyo alrededor se había coagulado la sangre. La cara, convulsa, casi negra, conservaba una expresión de espanto enloquecido.

El médico forense, que acababa de concluir su examen, dijo:

—Mis primeras conclusiones son muy claras. La víctima ha sido herida primero de dos puñaladas, luego estrangulada. La muerte por asfixia es visible.

«¡Por todos los diablos!» —pensó de nuevo Ganimard, que se acordaba de las palabras de Lupin, de su evocación del crimen…

El juez de instrucción objetó:

—Sin embargo, el cuello no ofrece equimosis.

—El estrangulamiento —declaró el médico— ha podido ser practicado con la ayuda de este chal de seda que la víctima llevaba al cuello, y del que queda este trozo al que ella se había aferrado con las dos manos para defenderse.

—Pero ¿por qué solo queda ese trozo? —dijo el juez—. ¿Qué ha sido del otro?

—El otro, tal vez manchado de sangre, se lo habrá llevado el asesino. Se distingue muy bien el corte apresurado de las tijeras.

«¡Por todos los diablos! —repitió Ganimard entre dientes por tercera vez—, ese animal de Lupin lo ha visto todo sin estar presente».

—¿Y el motivo del crimen? —preguntó el juez—. Han roto las cerraduras y revuelto los armarios. ¿Tiene usted alguna información, señor Dudouis?

El jefe de la Policía replicó:

—Por ahora puedo avanzar una hipótesis, que resulta de las declaraciones de la criada. La víctima cuyo talento

como cantante era mediocre, pero a la que se conocía por su belleza, hizo hace dos años un viaje a Rusia, del que volvió con un magnífico zafiro que le había regalado, al parecer, un personaje de la Corte. Jenny Saphir, como llamaban a la joven desde ese día, estaba muy orgullosa del regalo, aunque por prudencia no solía llevarlo consigo. ¿No podemos suponer que el robo del zafiro fue la causa del crimen?

—Pero ¿conocía la doncella el lugar donde se encontraba la piedra?

—No, no lo conocía nadie. Y el desorden de este cuarto tendería a probar que tampoco el asesino lo conocía.

—Vamos a interrogar a la doncella —dijo el juez de instrucción.

El señor Dudouis se llevó aparte al inspector principal y le dijo:

—Tiene un aire muy raro, Ganimard. ¿Qué pasa? ¿Es que sospecha usted algo?

—Nada en absoluto, jefe.

—Peor entonces. En la policía necesitamos un éxito. Ya son varios los crímenes de este tipo cuyo autor no ha podido ser descubierto. Esta vez necesitamos al culpable, y rápidamente.

—Difícil, jefe.

—Es necesario. Escúcheme, Ganimard. Según la doncella, Jenny Saphir llevaba una vida muy regular, recibía frecuentemente, desde hace un mes, cuando volvía del teatro, es decir, hacia las diez y media, a un individuo que se quedaba hasta medianoche aproximadamente. «Es un hombre de la alta sociedad —decía Jenny Saphir—; quiere casarse conmigo». Este hombre de la alta sociedad adoptaba, por otra parte, todo tipo de precauciones para no ser visto, levantándose el cuello de la chaqueta y bajando las alas del sombrero cuando pasaba delante de la garita de la portera. Y Jenny Saphir, antes incluso de que él llegase, siempre alejaba a la doncella. Es a ese individuo al que hay que encontrar.

—¿No ha dejado ningún rastro?

—Ninguno. Es evidente que estamos ante un hombre muy hábil, que ha preparado su crimen y que

lo ha ejecutado con todas las probabilidades posibles de impunidad. Su arresto supondrá un gran honor para nosotros. Cuento con usted, Ganimard.

—¡Ah!, cuente conmigo, jefe —respondió el inspector—. Bien, veremos…, veremos… No digo que no… Pero…

Parecía muy nervioso y su agitación sorprendió al señor Dudouis.

—Pero —continuó Ganimard…—, yo le juro… ¿Me oye, jefe?, le juro…

—Me jura usted ¿qué?

—Nada… Ya veremos, jefe…, ya veremos…

Únicamente fuera, y una vez solo, Ganimard acabó su frase. Y la acabó en voz alta, dando un golpe con el pie, y con el acento de rabia más enérgico:

—Pero juro ante Dios que el arresto se hará por mis propios medios, y sin que utilice ni una sola de las

informaciones que me ha proporcionado ese miserable. ¡Ah!, no, entonces…

Echando pestes contra Lupin, furioso por haberse mezclado en aquel caso, y decidido, sin embargo, a desembrollarlo, deambuló sin rumbo por las calles. Con el cerebro alterado, trataba de poner un poco de orden en sus ideas y descubrir, entre los hechos dispersos, algún pequeño detalle, que se les hubiese pasado a todos y que Lupin no hubiese sospechado, que pudiese llevarlo al éxito.

Almorzó rápidamente en una tienda de vinos, luego continuó su paseo y, de repente, se detuvo, estupefacto, confundido. Estaba entrando bajo el porche de la calle de Surène, en la casa misma a la que Lupin lo había atraído unas horas antes. Una fuerza más poderosa que su voluntad lo llevaba allí de nuevo. La solución del problema estaba allí. Allí se encontraban todos los elementos de la verdad. Hiciera lo que hiciese, las afirmaciones de Lupin eran tan exactas, sus cálculos tan justos que, turbado hasta el fondo de su ser por una adivinación tan prodigiosa, no podía sino reanudar el trabajo en el punto en que su enemigo lo había dejado.

Sin oponer más resistencia, subió los tres pisos. El apartamento estaba abierto. Nadie había tocado las piezas de convicción. Se las guardó en el bolsillo.

A partir de ese momento razonó y actuó, por así decir, de forma mecánica, bajo los impulsos del maestro al que no podía dejar de obedecer.

Admitiendo que el desconocido vivía en los alrededores del Pont-Neuf, había que descubrir, en el camino que lleva desde ese puente a la calle de Berne, la importante pastelería abierta por la noche, donde se habían comprado los pasteles. Las búsquedas no fueron largas. Cerca de la estación Saint-Lazare, un pastelero le mostró unas pequeñas cajas de cartón, idénticas, tanto en materia como en forma, a la que Ganimard poseía. Además, una de las vendedoras recordaba haber servido, la víspera por la noche, a un señor embutido en su cuello de piel, pero del que había visto el monóculo.

—Ya está, un primer indicio controlado —pensó el inspector—, nuestro hombre lleva monóculo.

Reunió luego los fragmentos del periódico de carreras y los sometió a un vendedor de periódicos que fácilmente

reconoció el *Turf illustré*. Se dirigió de inmediato a las oficinas del *Turf* y solicitó la lista de suscriptores. En esa lista subrayó los nombres y las direcciones de todos los que vivían en los alrededores del Pont-Neuf, y sobre todo, dado que Lupin lo había dicho, en la orilla izquierda del río.

Volvió luego a las oficinas de la Policía, reclutó media docena de hombres y los despachó con las instrucciones necesarias.

A las siete de la tarde, el último de estos hombres regresó y le anunció la buena nueva. Un tal señor Prévailles, suscriptor del *Turf*, vivía en un entresuelo del muelle de los Augustins. La víspera por la noche salió de su casa vestido con una pelliza de piel, recibió de manos de la portera su correspondencia y su periódico el *Turf illustré*, se alejó y volvió hacia medianoche.

Este señor Prévailles utilizaba monóculo. Era aficionado a las carreras, e incluso poseía varios caballos, que montaba o alquilaba.

La investigación había sido tan rápida y los resultados coincidían tanto con las predicciones de Lupin que

Ganimard se sintió turbado al escuchar el informe del agente. Una vez más medía la prodigiosa extensión de los recursos de que Lupin disponía. Nunca en el curso de su ya larga vida había encontrado semejante clarividencia, una mente tan aguda y tan rápida.

Fue en busca del señor Dudouis.

—Todo está listo, jefe. ¿Tiene una orden?

—¿Cómo?

—Digo que todo está listo para el arresto, jefe.

—¿Sabe usted quién es el asesino de Jenny Saphir?

—Sí.

—Pero ¿cómo? Explíquese.

Ganimard sintió algún escrúpulo, se puso algo colorado, y, sin embargo, respondió:

—Una casualidad, jefe. El asesino arrojó al Sena todo lo que podía comprometerlo. Una parte del paquete fue recogida y me ha sido entregada.

—¿Por quién?

—Un barquero que no ha querido decir su nombre por temor a represalias. Pero yo disponía de todos los indicios necesarios. La tarea ha sido fácil.

El inspector contó de qué forma había procedido.

—¡Y llama usted a esto una casualidad! —exclamó el señor Dudouis—. ¡Y dice que la tarea ha sido fácil! Pero si es una de sus más hermosas campañas. Diríjala hasta el final usted mismo, mi querido Ganimard, y sea prudente.

Ganimard tenía prisa por terminar. Se dirigió al muelle de los Augustins con sus hombres y los distribuyó alrededor de la casa. La portera, interrogada, declaró que su inquilino hacía sus comidas fuera, pero que pasaba regularmente por su apartamento después de cenar.

De hecho, poco antes de las nueve, asomada a su ventana, ella avisó a Ganimard, quien dio de inmediato un ligero silbido. Un señor con sombrero de copa alta, envuelto en su pelliza de piel, seguía la acera que bordea el Sena. Cruzó la calzada y se dirigió hacia la casa.

Ganimard se adelantó:

—¿Es usted el señor Prévailles?

—Sí, ¿y usted es?…

—Estoy encargado de una misión…

No tuvo tiempo de acabar su frase. A la vista de los hombres que surgían de la sombra, Prévailles había retrocedido vivamente hasta la pared, y, mientras hacía frente a sus adversarios, se mantenía pegado a la puerta de una tienda situada en la planta baja y cuyos postigos estaban cerrados.

—¡Atrás! —gritó—. No lo conozco.

Su mano derecha blandía un pesado bastón, mientras su mano izquierda, que había deslizado a su espalda, parecía querer abrir la puerta.

Ganimard tuvo la impresión de que podía huir por allí y por alguna salida secreta.

—Vamos, nada de bromas —dijo acercándose—. Estás pillado… Ríndete.

Pero en el preciso momento en que agarraba el bastón de Prévailles, Ganimard se acordó de la advertencia dada por Lupin: Prévailles era zurdo, y era el revólver lo que buscaba con la mano izquierda.

El inspector se agachó rápidamente, había visto el gesto súbito del individuo. Sonaron dos detonaciones. Nadie resultó herido.

Unos segundos después, Prévailles recibía un golpe de culata en el mentón que lo abatió en el acto. A las nueve, se le encerraba en la cárcel.

Ya en esa época Ganimard gozaba de gran reputación. Aquella captura realizada de forma tan rápida, y por medios muy sencillos que la policía se apresuró a divulgar, le valió una celebridad repentina. Se culpó enseguida a Prévailles de todos los crímenes que estaban sin castigo, y los periódicos celebraron las proezas de Ganimard.

Al principio, el caso se llevó con rapidez. Ante todo se constató que Prévailles, cuyo verdadero nombre era Thomas Derocq, había tenido sus más y sus menos con la justicia. Además, las indagaciones que se hicieron en su casa, aunque no generaron nuevas pruebas, llevaron,

sin embargo, al descubrimiento de un ovillo de cuerda semejante a la cuerda empleada alrededor del paquete, y al hallazgo de puñales que habrían producido una herida análoga a las heridas de la víctima.

Pero el octavo día todo cambió. Prévailles, que hasta entonces se había negado a responder, Prévailles, asistido por su abogado, opuso una coartada muy clara: la noche del crimen, él estaba en los Folies-Bergère[1].

De hecho terminaron encontrando, en el bolsillo de su esmoquin, una entrada y un programa del espectáculo, ambos con la fecha de esa noche.

—Coartada preparada —objetó el juez de instrucción.

—Demuéstrelo —respondió Prévailles.

Hubo careos. La señorita de la pastelería creyó reconocer al señor del monóculo. El portero de la calle de Berne creyó reconocer al señor que visitaba a Jenny Saphir. Pero nadie se atrevía a afirmar más.

---

1 Teatro al aire libre cuando se fundó en 1869, en la calle Richer. Les Folies-Bergère adquirió un aire distinto dos años más tarde, cuando, tras una ampliación de sus localidades de pie, era frecuentado por damas de virtud dudosa. En ese momento se presentaban espectáculos de todo tipo, desde acrobacias a pantomimas y operetas.

De este modo, la instrucción no encontraba nada preciso, ningún terreno sólido sobre el que se pudiera establecer una acusación seria.

El juez mandó llamar a Ganimard y le confió su problema.

—No puedo seguir insistiendo, no tengo cargos que presentar.

—Sin embargo, señor juez de instrucción, usted está convencido. ¿Se habría dejado Prévailles detener sin resistencia si no hubiera sido culpable?

—Asegura que pensó que lo atacaban. Asimismo afirma que nunca ha visto a Jenny Saphir, y, de hecho, no encontramos a nadie que pueda contradecirle. Y además, admitiendo que el zafiro haya sido robado, no hemos podido encontrarlo en su casa.

—Tampoco en otra parte —objetó Ganimard.

—De acuerdo, pero eso no es un cargo contra él. ¿Sabe usted, señor Ganimard lo que necesitaríamos, y deprisa? El otro extremo de ese chal rojo.

—¿El otro extremo?

—Sí, porque es evidente que si el asesino se lo llevó, las marcas ensangrentadas de sus dedos están en la tela.

Ganimard no respondió. Desde hacía varios días se daba cuenta de que toda la aventura tendía hacia ese desenlace. No habría otra prueba posible. Con el chal de seda, y solo con eso, la culpabilidad de Prévailles era segura. Y la situación de Ganimard exigía esa culpabilidad. Responsable del arresto, encumbrado por él, celebrado como el adversario más temible de los malhechores, quedaba en absoluto ridículo si Prévailles era puesto en libertad.

Por desgracia, la única e indispensable prueba estaba en el bolsillo de Lupin. ¿Cómo recuperarla?

Ganimard buscó, se esforzó cuanto pudo en nuevas pesquisas, rehízo la investigación, pasó las noches en blanco escrutando el misterio de la calle de Berne, reconstruyó la existencia de Prévailles, movilizó a diez hombres para descubrir el invisible zafiro. Todo fue inútil.

El 27 de diciembre, el juez de instrucción le preguntó en los pasillos del Palacio de Justicia.

—Bueno, señor Ganimard, ¿qué hay de nuevo?

—Nada, señor juez de instrucción.

—En tal caso, abandono el asunto.

—Espere un día más.

—¿Por qué? Necesitaríamos el otro extremo del chal: ¿lo tiene?

—Lo tendré mañana.

—¿Mañana?

—Sí, pero confíeme el trozo que está en su poder.

—¿Por qué voy a hacerlo?

—Porque le prometo que mañana tendré el chal completo.

—De acuerdo.

Ganimard entró en el despacho del juez. Salió con el jirón de seda.

—¡Maldita sea! —refunfuñaba—, iré a buscar esa prueba y la conseguiré… Siempre que el señor Lupin se atreva a venir a la cita.

En el fondo no tenía la menor duda de que el señor Lupin tendría esa audacia, y eso era precisamente lo que lo molestaba. ¿Por qué Lupin iba a querer esa cita? ¿Qué propósito perseguiría en ese caso?

Inquieto, con la rabia en el corazón, lleno de odio, decidió tomar todas las precauciones necesarias, no solo para no caer en una emboscada, sino incluso para no dejar de coger a su enemigo en la trampa, ya que se presentaba la ocasión. Y al día siguiente, que era el 28 de diciembre, día fijado por Lupin, después de haber estudiado toda la noche el viejo palacete de la calle de Surène y de estar convencido de que no había más salida que la puerta central, después de haber prevenido a sus hombres de que iba a poner en práctica una expedición peligrosa, llegó con ellos al campo de batalla.

Los apostó en un café. La consigna era formal: si él se dejaba ver en una de las ventanas del tercer piso, o si no volvía al cabo de una hora, los agentes debían invadir la casa y detener a todo el que tratara de salir de ella.

El inspector principal se aseguró de que su revólver funcionaba bien, y de que podría sacarlo fácilmente del bolsillo. Luego subió.

Quedó bastante sorprendido al volver a ver las cosas tal como las había dejado, es decir, las puertas abiertas y las cerraduras fracturadas. Después de haber constatado que las ventanas de la habitación principal daban a la calle, inspeccionó las otras tres piezas que formaban el piso. No había nadie.

—El señor Lupin ha tenido miedo —murmuró, no sin cierta satisfacción.

—¡Qué idiota eres! —dijo una voz a su espalda.

Y tras volverse, vio en el umbral a un viejo obrero con una larga blusa de pintor.

—No busques —dijo el hombre—. Soy yo, Lupin. Desde esta mañana trabajo en la empresa de pintura. En este momento es la hora de la comida. Y he subido.

Contemplaba a Ganimard con una sonrisa alegre, y exclamó:

—¡De veras! ¡Vaya un maldito minuto que te debo, amigo mío! No lo cambiaría por diez años de tu vida, y, sin embargo, te aprecio. ¿Qué piensas tú, artista? ¿Está combinado, previsto? ¿Previsto de la A a la Z? ¿No te he dejado oler el caso? No te digo que no hubiera agujeros en mi argumentación, ni que no faltaran eslabones a la cadena… ¡Pero qué obra maestra de inteligencia! ¡Qué reconstrucción, Ganimard! ¡Qué intuición de todo lo que había ocurrido, y de todo lo que iba a ocurrir desde el descubrimiento del crimen hasta tu llegada aquí en busca de una prueba! ¡Qué adivinación realmente maravillosa! ¿Tienes el chal?

—La mitad, sí. ¿Tienes tú la otra?

—Aquí está. Confrontémoslas.

Extendieron los dos trozos de seda sobre la mesa. Los cortes hechos por las tijeras se correspondían con total exactitud. Además, los colores eran idénticos.

—Pero supongo —dijo Lupin— que no has venido solo por esto. Lo que te interesa es ver las marcas de la sangre. Sígueme, Ganimard, aquí no hay suficiente luz.

Pasaron a la habitación vecina, situada en la parte del patio, y más clara, en efecto; allí Lupin aplicó su tela al cristal.

—Mira —dijo dejando el sitio a Ganimard.

El inspector se estremeció de alegría. Veía con toda nitidez las señales de los cinco dedos y la huella de la palma de la mano. La prueba era irrefutable. Con su mano ensangrentada, con aquella misma mano que había herido a Jenny Saphir, el asesino había empuñado la tela y anudado el chal alrededor del cuello.

—Y es la huella de una mano izquierda —observó Lupin—… De ahí mi advertencia, que no tenía nada de milagrosa, como puedes ver. Pero, aunque admito que me consideres una inteligencia superior, amigo mío, no quiero, sin embargo, que me trates de brujo.

Ganimard se había guardado rápidamente en el bolsillo el trozo de seda.

Lupin lo aprobó.

—Pues claro, amigo mío, es para ti. ¡Me gusta tanto complacerte! Y ya ves, en todo esto no había la menor trampa, solo amabilidad, un favor de camarada a camarada, de amigo a amigo. Y debo confesarte que también un poco de curiosidad… Sí, quería examinar el otro trozo de seda, el de la Policía… No tengas miedo. No tengas miedo, voy a devolvértelo… Espera un segundo nada más.

Con gesto indolente, y mientras Ganimard lo escuchaba a su pesar, se divertía con la borla que remataba la mitad del chal.

—¡Qué ingeniosas son estas pequeñas labores de mujer! ¿Has observado este detalle en la investigación? Jenny Saphir era muy hábil, y ella misma se confeccionaba sus sombreros y sus vestidos. Es evidente que este chal ha sido hecho por ella… Por otra parte, me di cuenta desde el primer día. Curioso por naturaleza, como he tenido el honor de decirte, había estudiado a fondo el trozo de seda que acabas de guardarte en el bolsillo, y en el interior mismo de la borla había descubierto una medallita de santidad que la pobre chica había puesto ahí como un

amuleto. Detalle conmovedor, ¿verdad, Ganimard? Una medallita de Nuestra Señora del Buen Socorro[2].

El inspector lo miraba fijamente, muy intrigado. Y Lupin continuaba:

—Entonces me dije: ¡qué interesante sería explorar la otra mitad del chal, la que la policía encontrará en el cuello de la víctima! Porque esa otra mitad, que por fin tengo, está rematada de la misma forma… De modo que sabré si existe el mismo escondite y lo que encierra… ¡Pero mira, amigo mío, con qué habilidad está hecha! ¡Y qué poca complicación! Basta coger un copo de cordoncillo rojo y tejerlo alrededor de una aceituna de madera hueca, dejando en el medio una pequeña cavidad, un pequeño vacío, necesariamente reducido, pero suficiente para que pueda meterse en él una medalla de santidad… o cualquier otra cosa… Una joya, por ejemplo… Un zafiro…

En ese mismo instante acababa de separar los cordoncillos de seda, y en el hueco de una aceituna, cogía entre el pulgar y el índice una admirable piedra azul, de una pureza y una talla perfectas.

---

2 La basílica de Notre-Dame de Bonsecours es lugar de peregrinación cerca de Ruán; su origen se remonta a la Edad Media.

—¿Ves lo que yo decía, amigo mío?

Alzó la cabeza. El inspector, lívido, con los ojos desencajados, parecía estupefacto, fascinado por la piedra que relucía delante de él. Por fin comprendía toda la maquinación.

—Animal —murmuró, repitiendo su insulto de la primera entrevista.

Ambos hombres estaban frente a frente, uno contra otro.

—Devuélveme eso —dijo el inspector.

Lupin le tendió el trozo de tela.

—¡Y el zafiro! —ordenó Ganimard.

—Qué tonto eres.

—Devuélvemelo, si no…

—Si no, ¿qué, cacho idiota? —exclamó Lupin—. Ah, ¿pero crees que es por nada por lo que te he concedido el éxito?

—¡Devuélveme eso!

—¿No me has mirado? ¡Cómo! Hace cuatro semanas que te hago correr de aquí para allá como un gamo, y quieres… Vamos, Ganimard, un pequeño esfuerzo, amigo mío… Comprende que, desde hace cuatro semanas no eres más que un perrillo… Ganimard, lleva…, lleva al señor… ¡Ah, el perrillo a su padre!… Mira a ver si te luces… ¿Un azucarillo?

Conteniendo la cólera que en él hervía, Ganimard solo pensaba en una cosa, llamar a sus agentes. Y como la habitación en la que se encontraba daba al patio, poco a poco, con un movimiento sinuoso, trataba de dirigirse hacia la puerta que comunicaba con el resto de la casa. Con una pirueta saltaría entonces hacia la ventana y rompería uno de los cristales.

—De todos modos —continuaba Lupin—, tú y los otros deben de ser unos tontainas. Con el tiempo que hace que tienes la tela, a ninguno se le ha ocurrido la idea de palparla, ninguno se ha preguntado la razón por la que la pobre chica se aferraba a su chal. ¡Ni uno! Actúan al azar, sin reflexionar, sin prever nada.

El inspector había alcanzado su objetivo. Aprovechando un segundo en el que Lupin se apartaba de su lado, dio media vuelta de repente y agarró el pomo de la puerta. Pero se le escapó un juramento: el pomo no se movió. Lupin se echó a reír a carcajadas.

—¡Ni eso siquiera! ¡No habías previsto ni eso siquiera! Me tiendes una trampa, y no admites que yo pueda olérmelo de antemano. Y te dejas atraer a esta habitación sin preguntarte si te traigo a ella adrede y sin recordar que las cerraduras están provistas de mecanismos especiales. Vamos, con toda sinceridad, ¿qué me dices a eso?

—¿Qué te digo?… —profirió Ganimard, fuera de sí.

Rápidamente había sacado su revólver y apuntaba al enemigo en pleno rostro.

—¡Arriba las manos! —exclamó.

Lupin se plantó delante de él encogiéndose de hombros.

—Otra metedura de pata.

—¡Arriba las manos, te repito!

—Otra metedura de pata. Tu aparato no sirve.

—¿Por qué?

—Tu asistenta, la vieja Catherine, está a mi servicio. Esta mañana ha mojado la pólvora mientras tú tomabas tu café con leche.

Ganimard hizo un gesto de rabia, se guardó el arma en el bolsillo y se lanzó sobre Lupin.

—¿Y ahora qué? —dijo este, deteniéndolo en seco con una patada en la pierna.

Sus ropas casi se tocaban. Sus miradas se provocaban, como las miradas de dos adversarios que van a llegar a las manos.

No hubo, sin embargo, combate. El recuerdo de las peleas anteriores volvía inútil la lucha. Y Ganimard, que se acordaba de todas las derrotas pasadas, de sus inútiles ataques, de las respuestas fulminantes de Lupin, no se

movía. No tenía nada que hacer, de eso se daba cuenta. Lupin disponía de fuerzas contra las que se estrellaba cualquier fuerza individual. Entonces, ¿para qué?

—¿De acuerdo entonces? —dijo Lupin con voz amistosa—, más vale dejar las cosas como están. Por otra parte, amigo mío, reflexiona acerca de todo lo que la aventura te ha aportado: la gloria, la certeza de un ascenso próximo, y, gracias a eso, la perspectiva de una feliz vejez. ¡No querrías añadir al hallazgo del zafiro la cabeza de este pobre Lupin! No sería justo. Sin contar con que este pobre Lupin te ha salvado la vida. ¡Pues claro que sí, señor! ¿Quién le advirtió a usted aquí mismo de que Prévailles era zurdo?… ¿Y es así como me lo agradeces? No es muy elegante, Ganimard. De veras, me das pena.

Mientras hablaba, Lupin había puesto en práctica el mismo movimiento que Ganimard y se había acercado a la puerta.

Ganimard comprendió que el enemigo iba a escapársele. Olvidando toda prudencia, quiso cerrarle el paso y recibió en el estómago un formidable cabezazo que lo mandó rodando hasta la pared de enfrente.

Con tres gestos, Lupin hizo moverse un resorte, giró el pomo, entreabrió el batiente y se marchó echándose a reír.

Cuando, veinte minutos después, Ganimard consiguió reunir a sus hombres, uno de ellos le dijo:

—Un obrero pintor, que salía de la casa cuando sus compañeros volvían de almorzar, me ha entregado una carta. «Dele eso a su patrón», me ha dicho. «¿A qué patrón?», le he preguntado. Ya estaba lejos. Supongo que es para usted.

—Dámela.

Ganimard abrió la carta. Estaba garrapateada apresuradamente, a lápiz, y contenía estas palabras:

«Esto, amigo mío, es para ponerte en guardia contra una credulidad excesiva. Cuando alguien te dice que los cartuchos de tu revólver están mojados, por grande que sea tu confianza en ese alguien, aunque se llame Arsène Lupin, no te dejes engañar. Dispara primero, y si ese alguien hace una pirueta en la eternidad, tendrás la

prueba: 1. de que los cartuchos no estaban mojados; 2. de que la vieja Catherine es la más honrada de las asistentas.

En espera de tener el honor de conocerla, acepta, amigo mío, los sentimientos afectuosos de tu fiel…

ARSÈNE LUPIN



EL HOMBRE DE LA PIEL DE CABRA

El pueblo quedó aterrorizado.

Era un domingo. Los aldeanos de Saint-Nicolas y de los alrededores salían de la iglesia y se desparramaban por la plaza cuando, de repente, unas mujeres que caminaban delante y ya llegaban a la carretera retrocedieron lanzando gritos de espanto.

Inmediatamente se divisó, enorme, espantoso, semejante a un monstruo, un automóvil que venía a una velocidad vertiginosa. Entre los gritos y la fuga enloquecida de la gente, enfiló derecho hacia la iglesia, viró en el momento mismo en que iba a estrellarse contra los escalones, rozó el muro de la casa parroquial, y volvió a encontrar la prolongación de la carretera, se alejó, sin haber rozado siquiera en aquel giro diabólico —¡milagro incomprensible!— a ninguna de las personas que atestaban la plaza… y desapareció.

Pero lo habían visto. Habían visto en el asiento, cubierto con una piel de cabra, tocado con un gorro de piel, el rostro enmascarado con gruesos anteojos, a un hombre que conducía; y, a su lado, en la parte delantera de aquel asiento, echada, plegada en dos, a una mujer cuya cabeza ensangrentada colgaba encima del capó.

¡Y los habían oído! Habían oído los gritos de aquella mujer, gritos de horror, gritos de agonía…

Y fue tal visión de carnicería y de infierno que la gente se quedó durante unos segundos inmóvil, atontada.

—¡Sangre! —aulló alguien.

Había sangre por todas partes, en las piedras de la plaza, en la tierra, que los primeros hielos del otoño habían endurecido; y cuando los chiquillos y los hombres se lanzaron en persecución del auto, solo tuvieron que guiarse por aquellas marcas siniestras.

Seguían, además, la carretera, ¡pero de una forma tan extraña!, yendo de un lado a otro y trazando, junto a las huellas de los neumáticos, una pista en zigzag que daba escalofríos. ¿Cómo no había chocado el automóvil contra aquel árbol? ¿Cómo habían podido enderezarlo antes de quedar con el morro clavado en aquel talud? ¿Qué novato, qué loco, qué borracho, o más bien qué criminal asustado, conducía aquel vehículo en medio de tales sobresaltos?

Uno de los aldeanos soltó:

—Nunca conseguirán tomar el recodo del bosque.

Y otro dijo:

—¡Claro que no! Volcará.

A quinientos metros de Saint-Nicolas empezaba el bosque de Morgues, y la carretera, recta hasta allí, salvo por un ligero recodo al salir del pueblo, ascendía desde su entrada en el bosque y formaba una brusca curva entre las rocas y los árboles. Esa vuelta ningún automóvil podía tomarla sin haber aminorado previamente la velocidad. Postes indicadores señalaban el peligro.

Jadeando, los aldeanos llegaron al tresbolillo de hayas que formaban la linde. E inmediatamente uno de ellos gritó:

—¡Ahí está!

—¿Qué? El coche volcado.

En efecto, el automóvil —una limusina— yacía boca arriba, destrozado, retorcido, informe. A su lado, el cadáver de una mujer. Pero lo más horrible de aquel

espectáculo innoble y bárbaro es que la cabeza de la mujer estaba aplastada, reventada, invisible, bajo un enorme bloque de piedra colocado allí por alguna fuerza prodigiosa desconocida.

En cuanto al hombre de la piel de cabra, no lo encontraron. No lo encontraron en el lugar del accidente. Tampoco lo encontraron en los alrededores. Además, unos obreros que bajaban por el lado de Morgues declararon que no se habían cruzado con nadie.

Por lo tanto, el hombre había escapado por los bosques. Aquellos bosques, que se llaman selva debido a la belleza y a la vejez de los árboles, son de dimensiones restringidas. La gendarmería, en cuanto fue avisada, dio una minuciosa batida con la ayuda de aldeanos. No descubrieron nada. De igual forma, los magistrados instructores no encontraron, en la minuciosa investigación practicada durante varios días, ningún indicio susceptible de ofrecer la menor luz sobre aquel drama inexplicable. Al contrario, las investigaciones condujeron a otros enigmas y a otros hechos inverosímiles.

Se constató, por ejemplo, que el bloque de piedra procedía de un derrumbamiento producido por lo menos

a cuarenta metros de distancia. Por lo tanto, el asesino lo había llevado y arrojado sobre la cabeza de su víctima en unos pocos minutos.

Por otra parte, aquel asesino, que con toda certeza no se había escondido en la selva —porque, si no, habría sido descubierto inevitablemente—, aquel asesino tuvo la audacia, ocho días después del crimen, de volver al recodo de la cuesta y dejar allí su piel de cabra. ¿Por qué? ¿Con qué objetivo? Salvo un sacacorchos y una servilleta, aquella piel no contenía nada más. ¿Entonces? Se dirigieron al fabricante del automóvil, que reconoció aquella limusina por haberla vendido tres años antes a un ruso, el cual, afirmó el fabricante, lo había revendido enseguida. ¿A quién? No llevaba número de matrícula.

Asimismo, fue imposible identificar el cadáver de la muerta. Sus vestidos, su ropa interior no tenían ninguna marca.

En cuanto al rostro, nadie la conocía.

Mientras tanto, enviados de la Policía seguían en sentido inverso la carretera que los personajes de aquel misterioso drama habían recorrido. Pero ¿quién probaba

que, durante la noche anterior, el automóvil hubiese seguido precisamente aquella carretera?

Se hicieron averiguaciones, se interrogó. Por fin lograron dejar sentado que, la noche de la víspera, a trescientos kilómetros de allí, en un pequeño pueblo situado al borde de un camino muy transitado que iba a dar a la carretera, una limusina se había detenido ante una tienda de ultramarinos y de alimentación.

El conductor había llenado primero su depósito de gasolina, comprado aceite y bidones de recambio, luego se había llevado algunas provisiones, jamón, fruta, pasteles, vino y media botella de coñac Trois Étoiles. En el asiento, había una dama. No se bajó. Los visillos de la limusina estaban echados. Uno de aquellos visillos se movió varias veces. El mozo de la tienda estaba totalmente seguro de que había alguien en su interior.

Si la declaración de aquel mozo era exacta, el problema se complicaba todavía más, porque ningún indicio había revelado la presencia de una tercera persona.

Mientras tanto, y dado que los viajeros se habían abastecido de provisiones, quedaba por establecer qué

habían hecho y qué había ocurrido con los restos de aquellas provisiones.

Los agentes volvieron sobre sus pasos. No fue hasta la bifurcación de las dos carreteras, es decir, a dieciocho kilómetros de Saint-Nicolas donde un pastor, interrogado por ellos, les indicó un prado vecino, oculto por una cortina de arbustos, donde había visto una botella vacía y distintas cosas. Tras un primer examen, los agentes quedaron convencidos: el automóvil había estado parado allí, y los desconocidos, probablemente tras una noche de descanso en su automóvil, habían almorzado y habían seguido su viaje en el transcurso de la mañana. Como prueba irrefutable, se encontró la media botella de coñac Trois Étoiles vendida por el tendero.

La botella había sido rota de un golpe, a ras del gollete.

La piedra que para ello utilizaron fue recogida, lo mismo que el gollete provisto de su corcho sellado. En el sello de metal se veía el rastro de las tentativas hechas para descorchar normalmente la botella. Los agentes continuaron sus investigaciones y siguieron un foso que bordeaba el prado, perpendicularmente a la carretera. Iba

a dar a un pequeño manantial oculto bajo unas zarzas, y de donde parecía salir un olor pútrido.

Tras levantar las zarzas vieron un cadáver, el cadáver de un hombre cuya cabeza machacada ya formaba una especie de papilla en la que pululaban los animales. Vestía un pantalón y una chaqueta de cuero marrón. Los bolsillos estaban vacíos. Ni papeles, ni cartera, ni reloj.

Dos días más tarde, el tendero de ultramarinos y su mozo, citados de forma apresurada, reconocían formalmente, por el traje y la estatura, al viajero que, la víspera del crimen, había comprado provisiones y gasolina.

Así pues, todo el caso volvía a empezar sobre nuevas bases. Ya no se trataba de un drama de dos personajes —un hombre y una mujer—, uno de los cuales había matado al otro; sino de un drama de tres personajes, con dos víctimas, una de las cuales era precisamente el hombre al que se acusaba de haber matado a su compañera. En cuanto al asesino, ninguna duda. Era el tercer personaje que viajaba en el interior del automóvil, y que tomaba la precaución de ocultarse detrás de los visillos. Al deshacerse primero del conductor, lo había

despojado, luego, tras herir a la mujer, la llevaba en una verdadera carrera a la muerte.

Caso nuevo, descubrimientos inopinados, testimonios imprevistos… Podía esperarse que el misterio se aclararía, o, al menos, que la instrucción diese algunos pasos por la vía de la verdad. No ocurrió nada, sin embargo. Un cadáver se sumó al primer cadáver. Los problemas se añadieron a los otros problemas. La acusación de asesinato pasó de este a aquel.

Nada más. Fuera de estos hechos tangibles, evidentes, las tinieblas.

El nombre de la mujer, el nombre del hombre, el nombre del asesino, otros tantos enigmas.

Además, ¿qué había sido del asesino? Si hubiese desaparecido en un instante, el hecho ya habría sido un fenómeno bastante curioso. ¡Pero ese fenómeno rozaba el milagro porque el asesino no había desaparecido absolutamente! ¡Estaba allí! ¡Regresaba al lugar de la catástrofe! Además de la piel de cabra, un día se recogió un gorro de piel, y, prodigio inaudito, una mañana, tras una noche completa pasada de centinela en las peñas

del famoso recodo, unas gafas de chófer, rotas, mohosas, sucias, fuera de uso. ¿Cómo había podido el asesino dejar aquellas gafas sin que los agentes lo viesen? Y, sobre todo, ¿por qué las había dejado?

Hubo más. La noche siguiente, un aldeano, obligado a cruzar la selva, y que por precaución se había llevado la escopeta y sus dos perros, se detuvo en seco al ver pasar una sombra en las tinieblas. Sus perros —dos perros lobos medio salvajes y de un vigor excepcional— saltaron en medio del soto y empezó la persecución.

Duró poco. Casi de inmediato el aldeano oyó dos aullidos terribles, que acababan al mismo tiempo en lamentos de agonía. Y luego, el silencio, el silencio absoluto.

Aterrorizado, se dio a la fuga, abandonando la escopeta.

Pero al día siguiente no encontraron ninguno de los dos perros. Tampoco se encontró la culata de la escopeta. En cuanto al cañón, estaba hincado en tierra, muy recto, y en uno de sus tubos había una flor, un narciso de otoño, cortado a cincuenta pasos de allí.

¿Qué significaba esto? ¿Por qué aquella flor? ¿Por qué todas esas complicaciones en el crimen? ¿Por qué esos actos inútiles? La razón quedaba confusa ante tales anomalías. Y solo con una especie de temor se arriesgaba uno en aquella aventura equívoca. Se tenía la impresión de una atmósfera cargada, asfixiante, donde era imposible respirar, que velaba los ojos y desconcertaba a los más clarividentes.

El juez de instrucción cayó enfermo. Al cabo de cuatro días, su sustituto confesó que el caso le parecía intrincado. Se detuvo a dos caminantes a los que enseguida se dejó en libertad. Se persiguió a un tercero al que no pudieron alcanzar y contra el que, además, no había ninguna prueba. En resumen, todo el caso no era más que desorden, oscuridad y contradicción.

Una casualidad llevó a la solución, o, mejor dicho, determinó un conjunto de circunstancias que llevaron a la solución. Una simple casualidad. El redactor de un periódico parisino enviado al lugar resumía su artículo en estos términos:

«Por consiguiente, lo repito, hay que esperar la colaboración del destino. Sin eso, se pierde el tiempo. Los

elementos de verdad no bastan siquiera para establecer una hipótesis plausible. Es la noche espesa, absoluta, angustiosa. No hay nada que hacer. Todos los Sherlock Holmes del mundo no verían en él más que fuego, y el propio Arsène Lupin, permítaseme la expresión, daría su lengua al gato».

Pero al día siguiente de la aparición de ese artículo, el periódico publicaba el telegrama siguiente:

> «Algunas veces he dado mi lengua al gato, pero nunca por tonterías. El drama de Saint-Nicolas es un misterio para niños de pecho». Arsène Lupin.

Este despacho dio mucho que hablar. Se le recuerda, y se recuerdan las polémicas que provocó inmediatamente la intervención del célebre aventurero.

¿Intervención real? No era muy probable. El propio diario desconfiaba y adoptaba sus precauciones.

A título de documento, insertamos este telegrama que, desde luego, es obra de un farsante. Arsène Lupin, aunque maestro consumado en mistificaciones, no mostraría de tal modo todo esa fatuidad algo pueril.

Transcurrieron algunos días. Cada mañana, la curiosidad, decepcionada, se volvía más viva. ¿Iban a saber algo? Por fin el diario publicó esta famosa carta tan precisa, tan categórica, en la que Arsène Lupin daba la clave del enigma. Aquí está en su integridad.

Señor director:

Al desafiarme, me toca usted mi parte débil. Provocado, respondo.

Y lo primero es afirmar otra vez que el drama de Saint-Nicolas es un misterio para niños de pecho. No conozco nada que sea tan ingenuo, y la prueba de esa simplicidad será precisamente la brevedad de mi demostración.

Demostración que se explica en unas pocas palabras:

Cuando un crimen parece escapar a la medida ordinaria de las cosas, cuando no parece natural, estúpido, hay muchas probabilidades de que solo pueda hallarse su explicación en motivos extraordinarios, extranaturales, extrahumanos. Digo que hay muchas probabilidades, porque siempre hay que admitir la parte del absurdo en los acontecimientos más

lógicos y más vulgares. Pero en este caso, ¿cómo no ver lo que es, y no tener en cuenta lo absurdo y lo desproporcionado?

Desde el principio me sorprendió el carácter muy evidente de anomalía. Primero los zigzags, la marcha inepta del automóvil, que se hubiera dicho conducido por un novato. Se ha hablado de un borracho o de un loco. Suposición justificada. Pero ni la locura ni la ebriedad pueden provocar la exasperación de fuerza necesaria para transportar, y sobre todo en tan poco tiempo, la piedra que aplastó la cabeza de la desdichada mujer. Para eso se necesita una potencia muscular tal que no dudo en ver en ello un segundo signo de esa anomalía que domina todo el drama.

Y ¿por qué el transporte de esa piedra enorme cuando bastaba una piedra para acabar con la víctima? Y, por otro lado, en el vuelco espantoso del vehículo, ¿cómo no resultó muerto el asesino, o al menos reducido a una inmovilidad temporal? ¿Cómo desapareció? Y ¿por qué, una vez desaparecido, volvió al lugar del accidente? ¿Por qué haber tirado allí su piel, luego otro día su gorro, luego otro día sus gafas?

Anomalías, actos inútiles y estúpidos.

¿Por qué, además, haber llevado a esa mujer herida, moribunda, en ese asiento del automóvil donde todo el mundo podía verla? ¿Por qué eso, en lugar de encerrarla en el interior, o de arrojarla muerta en algún rincón, como se había arrojado al hombre bajo las zarzas del río?

Anomalía. Estupidez.

Todo es absurdo en esta aventura. Todo denota en ello el balbuceo, la incoherencia, la torpeza, la estupidez de un niño o, más bien, de un salvaje imbécil y furioso, de un animal.

Miremos la botella de coñac. Tenía un sacacorchos (se encontró en el bolso de la piel). ¿Lo utilizó el asesino? Sí, sobre el sello son visibles las huellas del sacacorchos. Pero el gesto era demasiado complicado para él. Rompió el gollete con una piedra.

Un animal, lo repito, un salvaje furioso, trastornado, enloquecido súbitamente. ¿Por quién? Ah, diablos, precisamente por ese aguardiente que había bebido de un trago, mientras el conductor del auto y su compañera almorzaban en el prado. Salió de la limusina, en el fondo de la cual viajaba cubierto con una piel de cabra y tocado

con un gorro, y cogió la botella, y la rompió, y se la bebió. Esa es toda la historia. Después de beber se ha vuelto loco furioso, ha golpeado al azar, sin razón. Luego, presa de un miedo instintivo, temiendo el inevitable castigo, ha ocultado el cadáver del hombre. Después, de forma idiota, ha cogido a la mujer herida y ha huido. Ha huido en ese automóvil que no sabía conducir, pero que para él representaba la salvación, la imposibilidad de ser atrapado.

¿Y el dinero?, me dirá usted. ¿Y la cartera robada?

¡Eh!, ¿quién le dice que él es el ladrón? ¿Quién le dice que no es un caminante, un aldeano atraído por el olor del cadáver?

De acuerdo, de acuerdo, volverá a objetar usted, pero si ese animal no ha sido encontrado, porque se oculta en los alrededores mismos del recodo, y porque, después de todo, tiene que comer y tiene que vivir…

¿Qué? ¿No adivina? No. Y, sin embargo, ¿está usted seguro de que sigue allí? Desde luego, y la prueba es el aldeano que ha visto su sombra. Y también, añadiré, la

desaparición de esos dos perros lobo, unos molosos, que ha escamoteado como si fueran caniches falderos…

Y está también ese cañón de escopeta hincado en tierra de forma estúpida, con una flor. ¿Es eso bastante estúpido? ¿Y necio? ¿Y grotesco? Vamos, no acierta. ¿No hay ningún detalle que lo aclare? ¿No? Entonces, lo más simple, como ve, para terminar y para responder a sus objeciones, es ir derecho al final. Basta de explicaciones… Hechos. Así pues, que esos señores de la Policía y de la Gendarmería tengan a bien ir ellos mismos a ese final. Que cojan escopetas. Que exploren el bosque en un radio de doscientos o trescientos metros, no más. Pero que, en vez de explorar, con la cabeza baja y los ojos clavados en el suelo, miren al aire, sí, al aire, entre las ramas y las hojas de las hayas más altas y de las hayas más inaccesibles. Y, créame, lo verán. Está ahí. Está ahí desamparado, lamentable, buscando a aquel o aquella que ha matado, buscándolos, y esperándolos, y sin atreverse a alejarse, y sin comprender…

En cuanto a mí, lamento infinitamente verme retenido en París por grandes ocupaciones y la puesta en marcha

de asuntos muy complicados, pues habría sido un placer seguir hasta el final esta aventura bastante curiosa.

Tenga a bien disculparme ante mis buenos amigos de la justicia, y creer, señor director, en la seguridad de mis sentimientos distinguidos.

ARSÈNE LUPIN

Se recuerda el desenlace. Esos señores de la justicia y de la gendarmería se encogieron de hombros y no tuvieron en cuenta esa elucubración. Pero tres hidalguillos de la comarca cogieron sus escopetas y se dispusieron a cazar, con los ojos en el cielo, como si hubiesen querido echar abajo algunos cuervos. Al cabo de media hora, divisaban al asesino. Dos disparos: cayó rodando de rama en rama.

Solo estaba herido. Lo capturaron.

Esa noche, un periódico de París, que aún no conocía esa captura, publicaba la nota siguiente:

No se tienen noticias de un señor y una señora Bragoff, que desembarcaron hace seis semanas en Marsella, donde habían alquilado un automóvil.

Residentes en Australia desde hace largos años, venían a Europa por primera vez, y habían avisado al director del Jardín de Aclimatación[3], con el que estaban en correspondencia, de que traían consigo un ser extraño, de una especie totalmente desconocida, y del que no se podía decir si era un hombre o un mono.

Según el señor Bragoff, arqueólogo distinguido, estaríamos en presencia de un mono antropoideo, más bien del hombre-mono, cuya existencia no se había podido probar hasta ahora. Su estructura sería exactamente semejante a la del pitecántropo *Rectus,* descubierto en Java, en 1891, por el doctor Dubois, y algunas particularidades parecerían dar razón a las teorías del naturalista argentino señor Ameghino[4], quien, con fragmentos hallados durante los trabajos de excavación del puerto de Buenos Aires, había podido reconstruir el Diprot-hombre.

Inteligente observador, este singular animal servía de criado a sus amos en la propiedad en que vivían en

3 El Jardín d'Acclimatación es un parque parisino de 19 hectáreas, en la linde del bosque de Bolonia, creado en 1852 para «entretenimiento y exposición de animales útiles de todos los países».

4 Florentino Ameghino (1854-1911) es un naturalista argentino que investigó la climatología, la paleontología, la zoología y la antropología.

Australia, les limpiaba su automóvil e incluso trataba de conducirlo.

¿Qué ha sido del señor y de la señora Bragoff? ¿Qué ha sido del extraño primate que los acompañaba? La respuesta a esa pregunta era fácil ahora. Gracias a las indicaciones de Arsène Lupin se conocían todos los elementos del drama. Gracias a él, el culpable se encontraba entre las manos de la justicia.

Se le puede ver en el Jardín de Aclimatación, donde está encerrado bajo el nombre de Trois Étoiles. Es un mono, en efecto. Pero también es un hombre. Tiene la dulzura y la sabiduría de los animales domésticos, y la tristeza que sienten cuando su amo ha muerto. Pero tiene muchos otros rasgos que lo vinculan más de cerca con la humanidad. Es malvado, cruel, perezoso, glotón, rabioso, y sobre todo siente por el aguardiente una pasión inmoderada.

Esto aparte, decididamente es un mono.

A menos que…

Pocos días después de su… arresto, veo, inmóvil ante

la jaula, a Arsène Lupin, que sin ninguna duda trataba de resolver ese interesante problema. Inmediatamente le digo, porque me preocupaba mucho:

—¿Sabe, Lupin?… Su intervención en este caso, su demostración, y por último su carta no me han sorprendido.

—¡Ah! —dijo tranquilamente—, ¿y por qué?

—¿Por qué? Porque la aventura ya se produjo, hace setenta u ochenta años. Edgar Allan Poe la convirtió en trama de uno de sus más bellos cuentos. En estas condiciones, la clave del enigma era fácil de encontrar.

Arsène Lupin me cogió del brazo y me llevó con él:

—Entonces, ¿cuándo lo adivinó usted? —me dijo.

Lo confesé.

—Al leer su carta.

—¿Y en qué sitio de mi carta?

—Hacia el final.

—Hacia el final, ¿verdad?, después de que yo hubiese puesto los puntos sobre las íes. Por lo tanto, tenemos un crimen que la casualidad repite, en circunstancias del todo diferentes, por supuesto, pero con el mismo tipo de héroe, y usted, lo mismo que los demás, desde luego, han necesitado que alguien les abriese los ojos. Han necesitado la ayuda de mi carta, de esa carta en la que me he entretenido (además estaba obligado a ello por los hechos) en emplear la demostración, a veces incluso los mismos términos que ha utilizado el gran poeta americano. Como ve, mi carta no era absolutamente inútil, y uno puede permitirse repetir a la gente lo que solo han aprendido para olvidarlo.

Tras lo cual Lupin se volvió y soltó una risotada en las narices del viejo mono que meditaba con el aire grave de un filósofo…

EL ARRESTO DE ARSÈNE LUPIN

¡Qué extraño viaje! Sin embargo, ¡había comenzado tan bien! En cuanto a mí, nunca hice otro que se presentara con mejores auspicios. El Provence es un transatlántico rápido, cómodo, y está bajo el mando del más afable de los hombres. Allí se reunía la sociedad más selecta. Se establecían relaciones, se organizaban diversiones. Teníamos esa impresión exquisita de estar separados del mundo, reducidos a nosotros mismos como si estuviéramos en una isla desconocida, obligados, por consiguiente, a arrimarnos los unos a los otros.

Y nos arrimamos…

¿Alguna vez han pensado en lo que hay de original y de imprevisto en esa agrupación de seres que, la víspera todavía no se conocían, y que, durante algunos días, entre el cielo infinito y el mar inmenso, van a vivir en la mayor intimidad, juntos van a desafiar las iras del océano, el asalto terrorífico de las olas, las jugarretas de las tempestades y la calma solapada del agua adormecida?

Es, en el fondo, vivida en una especie de resumen trágico, la vida misma, con sus reveses y sus grandezas, su monotonía y su diversidad, y he ahí por qué, tal vez, se saborea con una prisa febril y una voluptuosidad aún

más intensa ese corto viaje del que se divisa el fin en el momento mismo en que se comienza.

Pero, después de varios años, algo ocurre que se suma singularmente a las emociones de la travesía. La pequeña isla flotante depende todavía de ese mundo del que nos creíamos liberados. Subsiste un vínculo, que no se rompe sino poco a poco en pleno océano, y poco a poco, en pleno océano se restablece. ¡El telégrafo sin hilos! ¡La llamada de otro universo del que se reciben noticias del modo más misterioso posible! La imaginación ya no tiene el recurso de evocar los alambres por cuyo interior se desliza el mensaje invisible. El misterio es más insondable todavía, más poético también, y hay que recurrir a las alas del viento para explicar este nuevo milagro.

Así, en los primeros momentos, nos sentimos seguidos, escoltados, precedidos incluso por esa voz lejana que, de vez en cuando, cuchicheaba a uno de nosotros algunas palabras desde allá lejos. Dos amigos me hablaron. Otros diez, otros veinte nos enviaron a todos, a través del espacio, sus despedidas entristecidas o sonrientes.

Ahora bien, al segundo día, a quinientas millas de la costa francesa, en una tarde borrascosa, el telégrafo sin hilos nos transmitió un telegrama cuyo texto era:

«Arsène Lupin a bordo barco, primera clase, cabello rubio, herida antebrazo derecho, viaja solo, se apellida R…».

En aquel preciso momento un fuerte trueno estalló en el sombrío cielo. Las ondas eléctricas se interrumpieron. El resto del telegrama no nos llegó. Del apellido bajo el que se ocultaba Arsène Lupin no se supo más que la inicial.

Si se hubiese tratado de cualquier otra noticia, no dudo de que el secreto habría sido mantenido escrupulosamente por los empleados de la línea telegráfica, así como por el comisario a bordo y por el capitán. Pero hay acontecimientos que parecen superar la discreción más rigurosa. Aquel mismo día, sin que pueda decirse cómo se había divulgado, todos sabíamos que el famoso Arsène Lupin se ocultaba entre nosotros.

¡Arsène Lupin entre nosotros! ¡El inasequible atracador cuyas proezas se contaban en todos los periódicos desde hacía meses! ¡El enigmático personaje con el que el viejo Ganimard, nuestro mejor policía, había entablado aquel duelo a muerte cuyas peripecias se mostraban de manera tan pintoresca! Arsène Lupin, el gentleman caprichoso

que no opera más que en palacios y salones, y que, una noche en que había penetrado en casa del barón Schormann, se había marchado con las manos vacías y había dejado su tarjeta, compuesta por esta fórmula: «Arsène Lupin, gentleman-atracador, volverá cuando los muebles sean auténticos». ¡Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces: por turno chófer, tenor, corredor de apuestas, hijo de familia, adolescente, anciano, viajante de comercio marsellés, médico ruso, torero español!

Hay que darse cuenta de esto: ¡Arsène Lupin, yendo y viniendo en el ambiente relativamente restringido de un transatlántico, qué digo yo, en ese rinconcito de la primera clase, donde todos se vuelven a encontrar a cada instante, en ese comedor, en ese salón, en ese fumadero! Arsène Lupin era quizás ese señor… o aquel, mi vecino de mesa, mi compañero de camarote…

—¡Y esto va a durar todavía cinco veces veinticuatro horas! —exclamó al día siguiente miss Nelly Underdown—. ¡Es intolerable! Espero que lo arresten.

Y se dirigió a mí:

—Veamos, monsieur d’Andrézy, usted que tiene ya una relación excelente con el capitán, ¿no sabe nada?

¡Yo bien hubiese querido saber algo para complacer a miss Nelly! Era una de esas criaturas magníficas que, en cualquier parte que estén, ocupan enseguida el lugar más a la vista. Su belleza, lo mismo que su fortuna, deslumbra. Tienen una corte de fervientes entusiastas.

Educada en París por una madre francesa, se reunió con su padre, el riquísimo Underdown de Chicago. Una de sus amigas, lady Jerland, la acompañaba.

Desde el primer momento, yo había presentado mi candidatura de pretendiente. Pero, en la rápida intimidad del viaje, enseguida me había turbado su encanto, y cuando sus grandes ojos negros se encontraban con los míos me sentía un poco demasiado emocionado para coquetear. Sin embargo, ella acogía mis respetos con cierta benevolencia. Se dignaba reír con mis chistes y se interesaba por mis anécdotas. Una vaga simpatía parecía responder a la solicitud que yo le manifestaba.

Un solo rival, quizá, me había inquietado, un muchacho bastante guapo, elegante, comedido, cuyo

humor taciturno ella parecía preferir a veces a mis modales más «fuera de lugar» de parisino.

Precisamente formaba parte del grupo de admiradores que rodeaba a miss Nelly, cuando ella me interrogó. Estábamos en el puente, gratamente arrellanados en sendas mecedoras. La tempestad de la víspera había despejado el cielo. El momento era delicioso.

—No sé nada en concreto, mademoiselle —le respondí—, pero ¿es imposible que nosotros mismos llevemos a cabo nuestra pesquisa tan bien como lo haría el anciano Ganimard, enemigo personal de Arsène Lupin?

—¡Ay, se anticipa usted mucho!

—¿En qué, pues? ¿Tan complicado es el problema?

—Muy complicado.

—Es que usted olvida los elementos de que disponemos para resolverlo.

—¿Qué elementos?

—Primero, Lupin se hace llamar monsieur R…

—Una descripción un poco vaga.

—Segundo, viaja solo.

—¡Si esa particularidad le basta!

—Tercero, es rubio.

—¡Bueno!, ¿y qué?

—En tal caso no tenemos más que consultar la lista de pasajeros y proceder por eliminación.

Tenía la lista en mi bolsillo. La cogí y la hojeé.

—Observo, en primer lugar, que no hay más que trece personas cuya inicial llame nuestra atención.

—¿Trece solamente?

—En primera clase, sí. De esos trece messieurs R…, como pueden ustedes cerciorarse, nueve están acompañados de esposas, de hijos o de criados. Quedan cuatro individuos solitarios: el marqués de Raverdan…

—Secretario de embajada —interrumpió miss Nelly—, lo conozco.

—El comandante Rawson…

—Es mi tío —dijo alguien.

—M. Rivolta…

—Presente —exclamó uno de nosotros, un italiano cuyo rostro ocultaba una barba de color negro de lo más bonito.

Miss Nelly se echó a reír.

—*Monsieur* no es precisamente rubio.

—Entonces —proseguí yo—, nos vemos obligados a concluir que el culpable es el último de la lista.

—¿O sea?

—Es decir, M. Rozaine. ¿Conoce alguien a M. Rozaine?

Se callaron. Pero miss Nelly, interpelando al joven taciturno, cuya asiduidad cerca de ella me atormentaba, le dijo:

—Y bien, monsieur Rozaine, ¿no contesta usted?

Las miradas se volvieron hacia él. Era rubio.

Confesémoslo, sentí como una pequeña desazón en lo más íntimo. Y el silencio embarazoso que nos abrumaba me indicó que los demás asistentes experimentaron también esa especie de sofoco. Por otra parte, eso era absurdo, pues al fin nada en la conducta de aquel señor permitía sospechar de él.

—¿Por qué no respondo? —dijo—. Pues porque, teniendo en cuenta mi apellido, mi condición de viajero aislado y el color de mi cabello, he procedido ya a una pesquisa análoga, y he llegado al mismo resultado. Soy, pues, del parecer de que me arresten.

Al pronunciar esas palabras su semblante tenía una extraña expresión. Sus labios, finos como dos trazos inflexibles, se afinaron todavía más y palidecieron. Hilillos de sangre estriaron sus ojos.

Sin duda alguna bromeaba. No obstante, su fisonomía y su actitud nos impresionaron. Cándidamente, miss Nelly preguntó:

—Pero usted no tiene ninguna herida.

—Es cierto —dijo él—, me falta la herida.

Con un gesto nervioso se recogió el puño y dejó el brazo al descubierto. Pero enseguida me asaltó una idea. Mis ojos se cruzaron con los de miss Nelly: había mostrado el brazo izquierdo.

Y a fe mía, ya iba a hacer la observación, cuando un incidente distrajo nuestra atención. Lady Jerland, la amiga de miss Nelly, llegó corriendo.

Estaba descompuesta. Nos apresuramos a rodearla, y solo tras muchos esfuerzos consiguió balbucear:

—¡Mis joyas, mis perlas! ¡Se han llevado todo!

No, no se habían llevado todo, como supimos más tarde; algo bastante curioso: ¡habían elegido!

De la estrella de diamantes, el colgante de cabujones de rubíes, de los collares y de los brazaletes rotos habían quitado, no las piedras más gruesas, sino las más finas, las más preciosas, las que, se diría, tenían mayor valor

ocupando menos espacio. Las monturas yacían sobre la mesa. Las vi, todos las vimos, despojadas de sus joyas como flores de las que se hubieran arrancado los bonitos pétalos deslumbrantes y colorados.

¡Y para ejecutar ese trabajo, había sido preciso, durante el tiempo en que lady Jerland tomaba el té, había sido preciso, en pleno día, y en un pasillo frecuentado, fracturar la puerta del camarote, encontrar un pequeño talego disimulado a propósito en el fondo de una sombrerera, abrirlo y elegir!

No hubo más que un grito entre nosotros. No hubo más que una opinión entre todos los pasajeros, cuando se conoció el robo: es Arsène Lupin. Y de hecho, era verdaderamente su estilo, complicado, misterioso, inconcebible… y, sin embargo, lógico, pues si era difícil ocultar la voluminosa masa que habría formado el conjunto de las joyas, cuánto menor era la dificultad tratándose de pequeñas piezas independientes unas de otras: perlas, esmeraldas y zafiros.

Y a la hora de la cena, pasó lo siguiente: quedaron vacíos los dos asientos a derecha e izquierda de Rozaine. Y por la noche se supo que lo había convocado el capitán.

Su arresto, que nadie puso en duda, causó un verdadero alivio. Por fin se respiraba. Aquella noche nos distrajimos con varios pasatiempos. Se bailó. Miss Nelly, sobre todo, mostró una alegría asombrosa que me hizo ver que, si los respetos de Rozaine pudieron haberlo agradado al principio, apenas se acordaba de ellos. Su encanto acabó por conquistarme. Cerca de la medianoche, a la serena claridad de la luna, le aseguré mi devoción con una emoción que no pareció disgustarla.

Pero al día siguiente, ante el estupor general, nos enteramos de que, al no ser suficientes los cargos contra él, habían puesto en libertad a Rozaine.

Hijo de un importante comerciante de Burdeos, había exhibido la documentación perfectamente en regla. Además, sus brazos no presentaban el menor rastro de herida.

—¡La documentación! ¡Partida de nacimiento! —exclamaron los enemigos de Rozaine—. Pero ¡Arsène Lupin les proporcionará tantas como ustedes quieran! En cuanto a la herida, es que no recibió ninguna… ¡o que borró el rastro de la misma!

Se les objetó que a la hora del robo Rozaine (estaba demostrado) se paseaba por el puente. A lo que ellos replicaron:

—¿Es que un hombre del temple de Arsène Lupin necesita asistir al robo que él mismo comete?

Por otra parte, fuera de cualquier consideración ajena, había un detalle que ni los más escépticos podían reprobar: ¿quién, salvo Rozaine, viajaba solo, era rubio y llevaba un apellido que comenzaba por *erre*? ¿A quién señalaba el telegrama, si no era a Rozaine?

Y cuando Rozaine, algunos minutos antes del desayuno, se dirigió audazmente a nuestro grupo, miss Nelly y lady Jerland se levantaron y se alejaron.

Aunque parezca mentira, tenían miedo.

Una hora más tarde, una circular manuscrita pasó de mano en mano entre los empleados de a bordo, los marineros y los viajeros de todas las clases: M. Louis Rozaine prometía una suma de diez mil francos a quien desenmascarase a Arsène Lupin o encontrara al poseedor de las piedras robadas.

—Y si nadie me ayuda contra ese bandido —declaró Rozaine al capitán—, yo le ajustaré las cuentas.

Rozaine contra Arsène Lupin, o más bien, según la expresión que circulaba, Arsène Lupin contra Arsène Lupin. ¡La lucha no carecía de interés!

Se prolongó durante dos días. Se vio a Rozaine deambular de un lado a otro, mezclarse con el personal, preguntar, fisgonear. Por las noches se divisaba su sombra, merodeando.

Por su parte, el capitán desplegó la energía más activa. Se registró el Provence de arriba abajo, por todos los rincones. Se indagó en todos los camarotes, sin excepción, con el pretexto, muy acertado, de que los objetos estaban ocultos en cualquier lugar, salvo en el camarote del culpable.

—Se acabará efectivamente por descubrir algo, ¿no es cierto? —me preguntó miss Nelly—. Por muy brujo que sea, no puede hacer que los diamantes y las perlas se vuelvan invisibles.

—Claro que sí —le respondí—, o en todo caso habrá que examinar detenidamente la guarnición interior de

nuestros sombreros, el forro de nuestras chaquetas, todo lo que llevamos encima.

Y mostrándole mi kodak, una 9x12, con la cual no dejaba de fotografiarla en las posturas más diversas, añadí:

—¿No cree usted que en una máquina fotográfica, no mayor que esta, habría sitio para todas las piedras preciosas de lady Jerland? Se finge estar tomado vistas y la jugarreta está hecha.

—Sin embargo, he oído decir que no hay ladrón que no deje tras él algún indicio.

—Hay uno: Arsène Lupin.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque no piensa únicamente en el robo que comete, sino en todas las circunstancias que podrían denunciarlo.

—Al principio, usted era más confiado.

—Pero, después, lo he visto en acción.

—Entonces ¿a su modo de ver…?

—A mi modo de ver, perdemos el tiempo.

Y de hecho, las investigaciones no dieron ningún resultado, o al menos, el que dieron no correspondió al esfuerzo general: le robaron el reloj al capitán.

Furioso, redobló su ardor y vigiló más estrechamente todavía a Rozaine, con el que había tenido varias entrevistas. El día siguiente, ironía encantadora, se encontró el reloj entre los cuellos postizos del segundo de a bordo.

Todo aquello parecía prodigioso, y denunciaba bien a las claras el estilo humorístico de Arsène Lupin, atracador, en efecto, pero también diletante. Trabajaba por gusto y por vocación, sin duda alguna, pero también para entretenerse. Daba la impresión del señor que se divierte con la obra que hace representar, y que, entre bastidores, se ríe a carcajadas de sus agudezas y de las situaciones que imaginó.

Decididamente, era un artista en su género, y cuando yo observaba a Rozaine, sombrío y obstinado, y pensaba en el doble papel que desempeñaba sin duda este curioso personaje, no podía hablar de él sin una cierta admiración.

Ahora bien, la penúltima noche, el oficial de guardia oyó gemidos en el lugar más oscuro del puente. Se acercó. Un hombre estaba tendido, la cabeza envuelta en un echarpe gris muy tupido, los puños atados por medio de una cuerdecilla fina.

Lo liberaron de sus ataduras. Lo levantaron, le prodigaron toda clase de cuidados.

Ese hombre era Rozaine.

Era Rozaine, asaltado durante una de sus expediciones, derribado y despojado. Una tarjeta de visita, sujeta a su ropa con un alfiler, llevaba inscritas estas palabras: «Arsène Lupin acepta agradecido los diez mil francos de M. Rozaine».

En realidad, la cartera robada contenía veinte billetes de mil.

Naturalmente, se acusó al pobre de haber simulado ese ataque contra sí mismo. Pero, aparte de que le habría sido imposible atarse de esa manera, se comprobó que la escritura de la tarjeta era completamente diferente de la de Rozaine, y por el contrario, se parecía, hasta el punto de confundirse, a la de Arsène Lupin, tal y como la reproducía un viejo periódico encontrado a bordo.

Así pues, Rozaine no era Arsène Lupin. ¡Rozaine era Rozaine, hijo de un comerciante de Burdeos! Y la presencia de Arsène Lupin se confirmaba una vez más, ¡y con qué acto de temeridad!

Aquello fue el terror. Nadie se atrevía ya a quedarse a solas en su camarote, y tampoco a aventurarse solo por los lugares demasiado apartados. Prudentemente, la gente se agrupaba para asegurarse los unos a los otros. Y aun así, una desconfianza instintiva desunía a los más íntimos. Es que la amenaza no provenía de un individuo aislado, y por eso mismo menos peligroso. Arsène Lupin, ahora, era…, era todo el mundo. Nuestra imaginación sobreexcitada le atribuía un poder milagroso e ilimitado. Se le suponía capaz de ponerse los disfraces más inesperados, de ser por turno el respetable comandante Rawson, o el noble

marqués de Raverdan, o incluso, pues ya nadie se fijaba en la inicial acusatoria, tal o cual persona conocida de todos, aunque tuviera esposa, hijos y criados.

Los primeros partes telegráficos no aportaron ninguna novedad. Al menos, el capitán no nos los dio a conocer, y semejante silencio para nada nos tranquilizaba.

Asimismo, el último día nos pareció interminable. Se vivía en la ansiosa espera de una desgracia. Esta vez, ya no sería un robo, no sería ya una simple agresión, sería un crimen, un asesinato. No se admitía que Arsène Lupin se conformase con dos hurtos insignificantes. Dueño absoluto del buque, y las autoridades reducidas a la impotencia, no tenía más que mandar, todo le estaba permitido, disponía de los bienes y de las existencias.

Fueron unas horas deliciosas para mí, lo confieso, pues me proporcionaron la confianza de miss Nelly. Impresionada por tantos acontecimientos, de temperamento inquieto, buscó espontáneamente a mi lado una protección, una seguridad que me alegraba poder ofrecerle.

En el fondo, bendecía a Arsène Lupin. ¿No era él quien nos acercaba? ¿No era gracias a él que tuviera derecho a

entregarme a los sueños más hermosos? Sueños de amor y sueños menos quiméricos, ¿por qué no confesarlo? Los Andrézy son una familia de rancio abolengo de Poitiers, pero su blasón está un poco desdorado, y no me parecía indigno de un gentilhombre el soñar con devolver a su apellido el lustre perdido.

Y esos sueños, lo notaba, no ofuscaban a Nelly. Sus ojos sonrientes me autorizaban a tenerlos. La dulzura de su voz me decía que confiase.

Y hasta el último momento, acodados en la borda, permanecimos uno cerca del otro, mientras el perfil de las costas americanas desfilaba ante nosotros.

Se habían interrumpido las pesquisas. Se esperaba. Desde la primera clase hasta el entrepuente, que rebosaba de emigrantes, se esperaba el momento supremo en que por fin se explicaría el enigma insoluble. ¿Quién era Arsène Lupin? ¿Bajo qué nombre, bajo qué máscara se ocultaba el famoso Arsène Lupin?

Y ese momento supremo llegó. Viviría yo cien años y no olvidaría ni el más ínfimo detalle.

—¡Qué pálida está usted, miss Nelly! —dije a mi compañera, que se apoyaba en mi brazo, completamente desfalleciente.

—¡Y usted! —me respondió ella—. ¡Ah!, ¡qué cambiado está!

—¡Imagínese! Este instante es apasionante, y me alegro tanto de vivirlo junto a usted, miss Nelly. Me parece que su recuerdo persistirá a veces…

Ella no escuchaba, anhelante y febril. Bajaron la pasarela. Pero antes de que pudiéramos atravesarla, subió a bordo gente, aduaneros, hombres de uniforme, carteros.

Miss Nelly balbuceó:

—Se darán cuenta de que Arsène Lupin se ha escapado durante la travesía, y a mí no me sorprendería.

—Tal vez ha preferido la muerte al deshonor, zambullirse en el Atlántico antes que ser arrestado.

—No se ría —dijo ella, irritada.

De repente me estremecí y, como ella me preguntaba, le dije:

—¿Ve usted a aquel viejecito que está de pie al final de la pasarela?

—¿Con un paraguas y una levita verde oliva?

—Es Ganimard.

—¿Ganimard?

—Sí, el célebre policía, el que ha jurado que arrestará a Arsène Lupin con sus propias manos. ¡Ah!, ya comprendo que no hayamos tenido informaciones de aquel lado del océano. ¡Ganimard estaba allí! Y no le gusta que alguien se ocupe de sus asuntos de poca monta.

—Entonces, ¿está seguro de que cogerán a Arsène Lupin?

—¿Quién sabe? Ganimard no lo ha visto nunca, al parecer, más que maquillado y disfrazado. A menos que conozca su nombre ficticio…

—¡Ah! —dijo ella, con esa seguridad un poco cruel de las mujeres—. ¡Si pudiera presenciar el arresto!

—Tengamos paciencia. Por supuesto Arsène Lupin ha notado ya la presencia de su enemigo. Preferirá salir entre los últimos cuando la vista del viejo se haya cansado.

El desembarco comenzó. Apoyado en su paraguas, con aire indiferente, Ganimard no parecía prestar atención a la muchedumbre que se apiñaba entre las dos barandillas. Observé que un oficial de a bordo, apostado detrás de él, le informaba de vez en cuando.

Desfilaron el marqués de Raverdan, el comandante Rawson, el italiano Rivolta, y otros, muchos otros… Y me di cuenta de que Rozaine se acercaba.

¡Pobre Rozaine! ¡No parecía repuesto de sus desventuras!

—Quizás sea él a pesar de todo… —me dijo miss Nelly—. ¿Qué opina usted?

—Creo que sería muy interesante tener en una misma fotografía a Ganimard y a Rozaine. Tome pues mi máquina fotográfica, estoy tan cargado.

Se la di, pero demasiado tarde para que ella la utilizase. Pasaba Rozaine. El oficial se inclinó sobre la oreja de Ganimard, este alzó los hombros ligeramente, y pasó Rozaine.

Pero entonces, Dios mío, ¿quién era Arsène Lupin?

—Sí —habló ella en voz alta—. ¿Quién es?

No había más que una veintena de personas. Ella las observó por turno con el temor confuso de que él no estuviese entre esas veinte personas. Le dije:

—No podemos esperar más tiempo.

Ella se adelantó. Yo la seguí. Pero no habíamos dado ni diez pasos cuando Ganimard nos cerró el paso.

—Y bien, ¿qué ocurre? —exclamé yo.

—Un momento, monsieur, ¿qué prisa tiene?

—Acompaño a mademoiselle.

—Un momento —repitió con voz más imperiosa.

Me miró profundamente de hito en hito, luego me dijo mirándome a los ojos.

—Arsène Lupin, ¿no es así?

Me eché a reír.

—No, soy nada menos que Bernard d'Andrézy,

—Bernard d'Andrézy murió hace tres años en Macedonia.

—Si Bernard d'Andrézy hubiese muerto, ya no estaría en este mundo. Y ese no es el caso. He aquí mi documentación.

—Es la suya, sí. Cómo la tiene usted, es lo que tendré el placer de explicarle.

—Pero ¡usted está loco! Arsène Lupin se embarcó bajo el nombre de R.

—Sí, de nuevo uno de sus trucos, una falsa pista sobre la que usted los ha lanzado allá lejos. ¡Ah! Menudo talento tiene usted, buen mozo. Pero esta vez ha cambiado

la suerte. Veamos, Lupin, demuestre que es un buen intérprete.

Vacilé un momento. De un golpe seco, me pegó en el antebrazo derecho. Lancé un grito de dolor. Había golpeado en la herida todavía mal cerrada que indicaba el telegrama.

Vaya, hay que resignarse. Me volví hacia miss Nelly, que me escuchaba lívida, vacilante.

Su mirada tropezó con la mía, después la bajó hacia la kodak que yo le había devuelto. Hizo un gesto brusco, y tuve la impresión, tuve la certeza de que ella de pronto comprendió. Sí, allí estaban, entre los tabiques estrechos de zapa negra, en los huecos del pequeño objeto que yo había tenido la precaución de depositar en sus manos antes de que Ganimard me detuviese, allí se encontraban sin duda alguna los veinte mil francos de Rozaine, las perlas y los diamantes de lady Jerland.

¡Ah!, lo juro. En aquel momento solemne, cuando Ganimard y dos de sus acólitos me rodearon, todo me era indiferente, mi arresto, la hostilidad de la gente, todo,

excepto esto: la resolución que iba a tomar miss Nelly a propósito de lo que yo le había confiado.

Que hubiese contra mí esa prueba material y decisiva, ni siquiera me atrevía a pensarlo, pero ¿se decidiría miss Nelly a facilitar esa prueba? ¿Me traicionaría? ¿Me perdería por ella? ¿Se comportaría como un enemigo que no perdona, o bien como una mujer que recuerda y cuyo desprecio se atenúa con un poco de indulgencia, con un poco de simpatía involuntaria?

Ella pasó ante mí, la saludé muy quedamente, sin una palabra. Mezclada con los demás viajeros, se dirigió hacia la pasarela, con mi kodak en la mano.

Sin duda, pensé, no se atreve en público. La entregará dentro de un momento.

Pero, al llegar a mitad de la pasarela, mediante un torpe movimiento simulado, la dejó caer al agua, entre el muro del muelle y el costado del buque. Después, la vi alejarse.

Su bella silueta se perdió en la muchedumbre, apareció de nuevo y desapareció. Todo había terminado, terminado para siempre.

Durante un momento permanecí inmóvil, triste a la vez y lleno de una dulce ternura, después suspiré, con gran asombro de Ganimard:

—Lástima, a pesar de todo, no ser un hombre honrado…

Fue así como, una tarde de invierno, Arsène Lupin me contó la historia de su arresto. La serie de incidentes casuales, cuyo relato escribiré algún día, habían urdido unos vínculos entre nosotros… ¿Diría yo de amistad? Sí, me atrevo a creer que Arsène Lupin me honra con cierta amistad, y que es por amistad por lo que llega a veces a mi casa de improviso, aportando, en el silencio de mi gabinete de trabajo, su alegría juvenil, la influencia de su apasionante vida, su buen humor de hombre para quien el destino no tiene más que beneficios y sonrisas.

¿Su retrato? ¿Cómo podría hacerlo? Veinte veces he visto a Arsène Lupin, y veinte veces es un ser diferente el que me aparece… o mejor dicho, el mismo ser del que veinte espejos me habrían devuelto tantas imágenes deformadas, teniendo cada una sus ojos peculiares, su rostro de forma especial, su propio ademán, su silueta y su carácter.

—Yo mismo —me dijo él—, no sé bien quién soy. Ya no me reconozco en un espejo.

Desplante, sin duda, y paradoja, pero verdad con respecto a los que se tropiecen con él y que ignoren sus recursos infinitos, su paciencia, su arte del maquillaje, su prodigiosa facultad de transformar hasta las proporciones de su rostro, y de alterar incluso la relación entre sus rasgos.

—¿Por qué —dice él también— habría de tener una apariencia definida? ¿Por qué no evitar ese peligro de una personalidad siempre idéntica? Mis actos me representan suficientemente.

Y precisa con un poquito de orgullo:

—Tanto mejor si no puede decirse con toda certeza: He aquí Arsène Lupin. Lo esencial es que digan sin temor a equivocarse: Arsène Lupin ha hecho esto.

Son algunos de esos actos, algunas de esas aventuras, lo que trato de reconstruir, según las confidencias de las que tuvo el detalle de agraciarme, ciertas tardes de invierno, en el silencio de mi gabinete de trabajo…

“ ¡Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces: por turno chófer, tenor, corredor de apuestas, hijo de familia, adolescente, anciano, viajante de comercio marsellés, médico ruso, torero español!...

Colección
Lima Lee

